

Ruente: ¿Un nuevo Salem?

Sr. director:

A los señores alcalde y teniente alcalde de Ruente no les podrá causar extrañeza que el abajo firmante, habitante de Ruente hasta hace poco, se sienta harto, y más que harto, de los extraños fenómenos a que últimamente se viene haciendo constante, reiterativa y machacona referencia en la radio y la prensa, de nuestra paciente Cantabria. Harto señores.

Harto de que un teniente de alcalde ose en su necedad comparar a un alcalde de aldea con el mismo monarca español, mientras que, con un extraño sentido de las proporciones, denigra al corneta español, corneta que, además de no haberse metido con nadie, pudiera muy bien llevar en su mochila el bastón de mariscal. ¡Ah, señores, cuánto tienen ustedes que aprender de Napoleón!

Harto de que un alcalde no acabe de aceptar de una vez el deber que tiene de atender a todos y a cada uno de los miembros de su municipio, de que no proporcione una vivienda digna a su médico, haciendo prevalecer unos mezquinos intereses de partido sobre la salud de la población de Ruente, que ve cómo la iglesia y los políticos le han abandonado y ahora, con amargura, ha de contemplar impotente cómo su médico, forzado a ello, también se va alejar.

Harto de que, carentes de la razón suficiente para acudir a los tribunales, estos políticos de bajos vuelos recurran para silenciar a un ciudadano a una censura solapada que se asemeja a la amenaza coactiva, utilizando expresiones tales como «no nos gusta», «infeliz manipulado» y otras claramente ofensivas e indignas como «es mentiras», todas ellas propias de quien careciendo de razones ha de recurrir al insulto para descalificar a un hombre.

Ahíto, más que harto, de los dimes y

diretes con que el párroco de Ruente —el alcalde— y su rebaño infectan la convivencia de un pueblo que no hace muchos años todavía creía en la felicidad.

Harto de que ustedes creen ver conjuras en todo aquello que no pueden controlar personalmente, fósiles de una raza de inquisidores, visionarios de brujas inexistentes.

Y yo me pregunto, confundido al cabo, ¿es acaso acorde con los principios elementales del cristianismo el dedicar epítetos peyorativos al prójimo? Y si no es así, ¿son compatibles el sacerdocio del señor alcalde y la alcaldía del sacerdote? Si quizá se pueda admitir que no cabe la piedad en la política, sin embargo en la religión es preceptiva. Los creyentes que vienen leyendo estas crónicas aldeanas están comenzando a sentir gran confusión, porque no entienden que un sacerdote pueda negar «unos papeles» al alguacil, sin los cuales éste no podría celebrar su matrimonio, y, por favor, no juegue con las palabras, que eso es impedir la boda, aquí, en la parroquia de la novia, y en Roma. Por otra parte, un auténtico socialista se pregunta cómo es posible que un alcalde del PSOE se pueda comportar así, convencido de que este partido democrático no se merece el flaco servicio que algunos munícipes le prestan. Y por supuesto el contribuyente se pregunta por su actuación municipal, que es lo que realmente interesa; y no se crean ustedes que el chismorreio, por muy radiofónico que sea nos despista. Ya ha llegado la hora de que usted informe de los sueldos de ese Ayuntamiento, de los nombramientos que en él se han realizado, de la habilitación de secretarios, aparte de los que usted menciona, que eran funcionarios, de las reformas y mejoras que en el pueblo ha llevado a cabo caso de que sean debidas a su gestión personal, ¿por qué no?, de sus propios ingresos por sus múltiples cargos, que me temo excedan con mucho a los del obrero español.

En fin, que estoy harto, porque en Ruente ha metido usted gato por democracia, rape por religión, sofisma por socialismo y querellas por reconciliación. ¿Puede usted dormir tranquilo, señor cura?

Francisco GARCIA MANTECÓN